

# *Oskar Schindler*

ADAPTADO DE LA GUÍA DE ESTUDIO  
«LA LISTA DE SCHINDLER»  
DEL LIBRO *FACING HISTORY AND OURSELVES*

LA GENTE SOSPECHABA DE LAS HISTORIAS QUE SE CONTABAN de un empresario de guerra nazi que rescataba judíos. Oskar Schindler había venido a Cracovia, Polonia, proveniente de Swittau, la ciudad alemana de su nacimiento. A diferencia de la mayoría de los aventureros, él se hizo cargo de una fábrica que había estado paralizada y en bancarrota durante muchos años. En el invierno de 1939 a 1940, comenzó sus operaciones en un espacio de cuatro mil metros cuadrados y un centenar de obreros, de los cuales siete eran judíos.

La producción comenzó con celeridad, porque Schindler era un trabajador perspicaz e infatigable. Durante el primer año, la fuerza laboral se expandió a trescientos, incluidos unos 150 judíos. Para fines de 1942, la fábrica había crecido a cuarenta y cinco mil metros cuadrados y empleaba casi ochocientos hombres y mujeres. Los obreros judíos, de los cuales había ahora 370, todos provenían del gueto de Cracovia. «Para evitar la vida en los campos de concentración, aquello se había convertido en tremenda ventaja —dice Itzhak Stern, el contador judío de Schindler—, el poder salir del gueto por el día y trabajar en una fábrica alemana».

Entre los judíos de Cracovia se corrió la voz de que la fábrica de Schindler era el lugar para trabajar. Schindler

ayudaba a sus empleados judíos falsificando los expedientes de la fábrica. Los viejos eran inscritos como veinte años más jóvenes y los niños eran inscritos como adultos. Abogados, médicos e ingenieros eran inscritos como obreros metalúrgicos, mecánicos y dibujantes, oficios todos considerados esenciales para la producción de guerra.

Desde su alta mesa de tenedor de libros, Stern podía ver a través de la puerta de vidrio la oficina privada de Schindler. «Casi todo el día, de la mañana a la noche, oficiales y otros visitantes venían a la fábrica y me ponían nervioso. Schindler acostumbraba a compartir vodka y chistes con ellos. Cuando se iban, me pedía que entrara, cerraba la puerta, y luego quedamente me decía a lo que ellos habían venido. Él solía decirles que él sabía cómo hacer trabajar a estos judíos y que quería que le trajesen más. Así fue cómo él se las arregló para mantener juntos a familiares y parientes todo el tiempo y librarlos de la deportación».

El 13 de marzo de 1943, vino la orden de cerrar el gueto de Cracovia. Todos los judíos fueron trasladados al campamento de trabajos forzados de Plaszow, en las afueras de la ciudad. Las condiciones allí, aun para los que habían estado en el terrible gueto de Cracovia, eran espantosas. Los presos padecían de enfermedades y centenares o bien morían en el campo de concentración o eran trasladados al campo de Auschwitz-Birkenau.

Stern, junto con otros obreros de Schindler, también habían sido trasladados a Plaszow desde el gueto, pero al igual que otros veinticinco mil reclusos que vivían en el campo y tenían empleos fuera, seguían pasando el día en la fábrica. Sintiendo mortalmente enfermo un día, Stern mandó a avisar a Schindler, pidiéndole ayuda urgentemente. Schindler vino enseguida, trayendo los medicamen-

tos esenciales, y continuó sus visitas hasta que Stern se recuperó. Pero lo que él había visto en Plaszow lo había empavorecido y tampoco le gustaba el giro que las cosas habían tomado en la fábrica.

Sintiéndose cada vez más impotente ante los frenéticos odiadores y destructores de los judíos, Schindler encontró que ya no podía seguir bromeando fácilmente con los oficiales alemanes que venían a pasar inspección. El doble juego que él estaba jugando se hacía cada vez más difícil. Los incidentes problemáticos ocurrían cada vez más a menudo.

La creciente frecuencia de incidentes desagradables en la fábrica y la maldad que él había presenciado en el campo de concentración de Plaszow probablemente llevaron a Schindler a un papel más activo. En la primavera de 1943, comenzó la conspiración, la manipulación, el soborno y las astutas maniobras para tomarle la delantera a la oficialidad nazi que finalmente habría de salvar tantas vidas. Es en este punto que comienza la verdadera leyenda. Durante los próximos dos años, la constante obsesión de Oskar Schindler fue la de salvar el mayor número de judíos de las cámaras de gas de Auschwitz-Birkenau, a sólo sesenta kilómetros de Cracovia.

Su primer paso atrevido fue intentar ayudar a los presos hambrientos y medrosos de Plaszow. Otros campos de concentración en Polonia ya habían sido clausurados y sus habitantes «liquidados». Plaszow parecía condenado. A instancias de Stern y de los otros de su círculo íntimo de la oficina, Schindler una noche se las arregló para convencer a uno de sus compañeros de juerga, el general Schindler (sin ningún parentesco con él) que los talleres del campo de Plaszow eran idóneos para la producción de guerra en

serio. El general se entusiasmó con la idea y dio órdenes de que enviaran madera y metal para el campo de concentración. Como resultado, Plaszow fue oficialmente transformado en un campo de concentración esencial para la guerra. Y aunque las condiciones apenas mejoraron, quedó fuera de la lista de los campos que para entonces estaban siendo exterminados.

Pero para la primavera de 1944, la retirada alemana del Frente Oriental estaba en su apogeo, y Plaszow y todos sus subcampos fueron mandados a cerrar. Schindler y sus obreros no se hacían ilusiones respecto a lo que implicaría un traslado para otro campo de concentración. La hora había llegado para que Oskar Schindler jugara su carta de triunfo, una jugada temeraria que él había concebido de antemano.

Él se fue a persuadir a todos sus amigos de juega y a sus conexiones en los círculos militares e industriales en Cracovia y en Varsovia. Sobornó, lisonjeó y rogó, trabajando desesperadamente contra el tiempo y luchando por lo que todos le aseguraban era una causa perdida. Persistió hasta que alguien, en algún lugar de la jerarquía, acaso impaciente de concluir un negocio aparentemente trivial, le concedió finalmente la autorización para trasladar una fuerza de trabajo de setecientos hombres y trescientas mujeres desde el campo de Plaszow a una fábrica en Brenec, en su natal Checoslovaquia. La mayoría de los otros veinticinco mil hombres, mujeres y niños de Plaszow fueron enviados a Auschwitz-Birkenau para hallar el mismo fin que más de un millón de otros judíos ya había descubierto. Pero de la vasta calamidad y gracias a los tenaces empeños de un hombre, mil judíos se salvaron temporalmente. Mil seres humanos medio muertos de hambre,

enfermos y casi quebrantados les habían conmutado una sentencia de muerte por un milagroso aplazamiento.

Los *Schindlerjuden* (judíos de Schindler) dependían ahora de Schindler. Su compasión y su sacrificio fueron ilimitados. Él gastó hasta el último céntimo que le quedaba, y vendió también las joyas de su mujer por comida, ropa, medicina y aguardiente con el cual sobornar a los muchos investigadores de la SS. Preparó un hospital secreto con equipo médico robado y comprado en el mercado, combatió epidemias, e hizo personalmente un viaje de trescientas millas llevando dos enormes frascos llenos de vodka polaca, y trayéndolos lleno de la medicina que se necesitaba desesperadamente. Su mujer, Emilie, cocinaba y cuidaba a los enfermos, por lo cual también ganó reputación y elogios por derecho propio.

Acaso la más cautivante de todas las historias que se cuentan sobre este caso es la que ilustra gráficamente el papel adoptado por Schindler de protector y salvador en medio de una general y amoral indiferencia. Justo en el momento en que el imperio nazi se desmoronaba, una noche tarde recibió una llamada telefónica de la estación de ferrocarril, preguntándole a Schindler si estaba en disposición de aceptar la entrega de dos vagones de ferrocarril llenos de judíos casi congelados. Los vagones cerrados se habían congelado a una temperatura de cinco grados y contenían casi cien hombres enfermos, que habían sido encerrados dentro desde que el tren saliera de Auschwitz-Birkenau, con órdenes de entregar la carga humana a cualquier fábrica que los quisiera. Pero cuando les informaban del estado de los presos, ningún gerente de fábrica se interesaba en recibirlos. Schindler, atormentado por la noticia, ordenó que el tren fuera enviado inmediatamente a su fábrica.

El tren era un espectáculo espantoso de contemplar. Se había formado hielo en los cerrojos y los vagones tuvieron que ser abiertos con hachas y antorchas de acetileno. Dentro, se encontraban tendidas las miserables reliquias de seres humanos, tiesos y congelados. Cada uno tuvo que ser sacado como restos de carne congelada. Trece de ellos estaban inequívocamente muertos, pero los otros todavía respiraban.

A lo largo de esa noche y durante muchos días y noches que siguieron, Oskar y Emilie Schindler y un gran número de hombres trabajaron sin descanso en los esqueletos hambreados y congelados. Un gran salón de la fábrica se vació para este fin. Otros tres hombres murieron, pero con cuidado, calor, leche y medicina, los otros fueron gradualmente recuperándose. Todo esto se había logrado a escondidas, sobornando, como era usual, a los guardias de la fábrica para que no se lo informaran al comandante de la SS.

Esa fue la vida en Brennece hasta que la llegada de los rusos el 9 de mayo le puso fin a la constante pesadilla. En las primeras horas de la mañana, una vez convencido de que sus trabajadores estaban finalmente fuera de peligro y que todo estaba en orden para explicarles a los rusos, Schindler, Emilie y varios de sus íntimos amigos entre los obreros judíos desaparecieron discretamente y no se volvió a saber de ellos hasta que reaparecieron, meses después, en la zona norteamericana del interior de Austria.

*La película La lista de Schindler se concentra en los años del Holocausto: una época cuando millones de judíos y otros hombres, mujeres y niños fueron asesinados sólo por causa de su ancestro. Es uno de los capítulos más negros de la historia humana. Sin embargo, un sorprendente número de personas, jóvenes y viejos, saben muy poco, si es que algo, al respecto. Aun en la actualidad el*

*mundo todavía no ha aprendido la lección de esos años terribles. Existen todavía demasiados lugares donde el odio, la intolerancia y el genocidio prevalecen. Por consiguiente, La lista de Schindler no es sólo una «historia judía» o una «historia alemana»: es una historia humana. Su tema puede aplicársele a todas las generaciones.*

*La lista de Schindler trata simplemente del odio racial — que es el estado mental que ataca no lo que nos hace personas, sino lo que nos hace diferentes unos de otros. Es mi esperanza que La lista de Schindler despertará y sostendrá una consciencia de ese mal e inspirará a esta generación y a futuras generaciones a buscarle un fin al odio racial.*

STEVEN SPIELBERG, AMBLIN ENTERTAINMENT, INC.

Para recibir una **Guía de estudio de la Lista de Schindler** (Schindler's List Study Guide) llame a **Facing History and Ourselves** al 617-232-1595 o visite su sitio en Internet en el [www.facing.org](http://www.facing.org) para aprender acerca de los peligros de la indiferencia, los valores cívicos, los enfoques creativos a los retos que enfrentamos, y las oportunidades de hacer cambios positivos.

Steven Spielberg creó la **Fundación de la Historia Visual de los Sobrevivientes de la Shoah** (Survivors of the Shoah Visual History Foundation) para documentar y archivar entrevistas con sobrevivientes del Holocausto en todo el mundo. Para más información, llame al 800-661-2092.